

rieles de nuestros ferrocarriles han sido colocados por capataces americanos, y nuestras fábricas montadas por mecánicos franceses é ingleses. Ninguna catedral se ha levantado en nuestros tiempos, ni hay pinturas como las de Cabrera y Vallejo. Y aun acercándonos á nuestros tiempos, ¿qué lira suena como la de Carpio? ¿en que tribunal se sienta Peña y Peña ó informan Atristáin y Couto? ¿en qué cátedra enseñan Lares y Jiménez? ¿qué diplomático hay como vuestro obispo Vázquez? El enciclopedismo descreído ha convertido la ciencia profesional en una vacuidad estéril ó criminal.

Más de un cuarto de siglo lleva de regir y la experiencia ha dado ya á conocer los resultados del plan de estudios vigente.

Antes que el cuerpo es el alma y es preferible la futura á la vida presente. Llegó el momento supremo de que los católicos se divorcien por completo de la enseñanza oficial, y eduquen á sus hijos bajo el plan que formen, á la triple inspiración de su ortodoxia, su patriotismo y su ternura paternal. ¿Para qué necesitan mendigar títulos á los colegios oficiales y que sean vejados sus hijos con exámenes apasionados é inútiles?

La falta de título les impedirá cobrar los honorarios de arancel por sus trabajos, pero no convenir sobre el precio de ellos. Que tengan honradez y ciencia, y no les faltará trabajo para sustentar sus vidas. En bien de sus familias y de su patria, una sola cosa les importa, fijar de común acuerdo y en ejercicio del más augusto é inviolable de sus derechos las bases fundamentales de la educación social y enseñanza pública en su patria, de la que como católicos, forman ellos la inmensa mayoría.

La enseñanza primaria, que no debe comprender más que lectura, escritura, aritmética y elementos de idiomas, historia y geografía patrias, debe ser gratuita, y obligatoria en el sentido de que deba haber escuelas de ambos sexos en todas las ciudades, aldeas y campos, donde haya más de cinco familias.

La enseñanza secundaria será dispensada en liceos, que sostendrán los Estados en diversas poblaciones de su territorio, para el aprendizaje por separado de las carreras que fueren más acomodadas á sus necesidades é intereses, y cuya teórica y práctica no deban durar más de cinco años. Los estu-

dios necesarios para el ejercicio de las profesiones científicas, serán fijados por los profesores en ellas. En la ciudad que por su situación, salubridad y quietud se eligiere como más conveniente, se fundará una Universidad nacional y libre, donde todas las carreras profesionales, científicas y literarias, establecerán sus cátedras y nombrarán sus profesores, y cuyos gastos todos serán por cuenta de la Nación. Quedarán abolidos todos los títulos y establecimientos de enseñanza superior oficiales, sin que pueda conservar ese carácter más que la escuela militar de tierra y mar. En todas las escuelas se enseñará y practicará la religión de la mayoría de sus alumnos. El pueblo americano es nuestra constante presión y obsesión en lo malo; sealo también en lo bueno. Bajo estas bases es como allí ha resuelto la cuestión de la educación pública, la verdadera libertad. Tienen, pues, en su favor, el ejemplo y los resultados, y pueden ser aceptadas sin vacilación y sin miedo.

En otro tiempo los monjes salvaron las ciencias de la irrupción de los bárbaros. Mientras se logra entre nosotros la verda-

dera libertad de enseñanza, los seminarios necesitan salvar las letras de la barbarie de las ideas, dando asilo á sus hermanos en desolación, recibiendo en su seno á toda esa infortunada juventud católica, á la que le han envenenado los manantiales del saber humano. Este seminario palafoxiano está obligado á todo lo abnegado y grande, por lo ilustre de su origen y lo glorioso de sus antecedentes. Cuanto de bueno y generoso hiciere, no será más que un anticipo de su vocación y su misión. Un seminario es un semillero de sacerdotes, es decir, de amigos, de discípulos y delegados de Jesucristo, cuyos brazos y cuyo corazón, como los de su Divino Maestro, deben estar siempre abiertos, para estrechar á todos los desgraciados y para recibir las lágrimas de todos los dolores de la tierra.

Pero concluyamos. La educación del hombre según la naturaleza de éste, debe referirse á su cuerpo y á su espíritu. Por su fin, tiene que ser suficiente, para que el hombre pueda llenar sus triples deberes para consigo mismo, la familia y la sociedad. El natural vehículo y el más poderoso auxiliar de la educación social, es la enseñan-

za escolar. Esta debe ser sobria, adecuada y libre.

Todo esto no basta, sin embargo, si la educación y la enseñanza no se dirigen á su mejor y último fin, porque según la lógica y concisa expresión de Santo Tomás: *Tota humana vita oportet, quod ordinetur, in optimum et ultimum finem humane vite*, y sólo la eterna puede ser el fin de la vida humana.

Nuestra inmortalidad, de dicha ó desventura plenas, es una verdad que la revelación y la razón demuestran; pero cuando ya se ha traspuesto la cumbre de la vida y comienza el triste descenso que rematará en la fosa, se convierte en una verdad de sentimiento, casi de nervios. A la luz amarillenta de los blandones funerarios, como rápidos y vanos fantasmas, se miran todas las grandezas de la tierra.

Todos los esfuerzos del estudio, todos los prodigios del talento, todas las conquistas de la ciencia son inútiles y vanos, si no entran en los rieles de los inmutables, sapientísimos y amorosísimos designios de Dios. Sócrates, el más elevado pensamiento del paganismo, exclamaba: "Sólo sé que nada

sé." Más felices nosotros, hemos recibido del cielo, ya acuñadas, las dos verdades que son como el alfa y el omega de nuestra ruín sabiduría: *Initium sapientie es timor Domini. Porro unum est, necessarium.*

